

Crítica del racionalismo y del nihilismo en las obras de Dostoievski

Claudia Larios

Resumen

En las obras de Dostoievski puede encontrarse una clara crítica a las formas de pensar que él considera responsables de los problemas sociales propios de su época. Dos de las principales ideologías que, en su opinión, son las culpables de que los hombres de su tiempo ya no tengan límites para sus acciones son el racionalismo y el nihilismo. Estas dos corrientes de pensamiento fueron ejemplificadas en sus obras por diversos personajes de los que el escritor se valió para criticarlas y, también, para mostrar por qué éstas no son buenas guías para poder salir de la crisis social que los hombres atraviesan.

Palabras clave: racionalismo, nihilismo, falta de límites, determinismo, libre albedrío.

Introducción

El tema principal de las obras de Dostoievski es el hombre mismo. La naturaleza humana era un misterio para el escritor y a ella dedicó gran parte de su vida y de sus investigaciones. A lo largo de sus obras pueden observarse varios temas –sociales, religiosos, políticos, a veces también amorosos, etc.–, pero aquél que verdaderamente atraía su interés era el del hombre y su naturaleza. Esta inquietud por comprender la naturaleza humana lo llevó a preguntarse por qué los hombres de su tiempo se encaminaban cada día más hacia las tinieblas.

A lo largo de sus escritos, Dostoievski critica principalmente dos corrientes de pensamiento –las cuales, en su opinión, son las responsables de la marcha del hombre hacia el abismo– que rigen la conducta humana presentes en la sociedad de su tiempo: el racionalismo y el nihilismo. En este escrito se describirá la crítica que el escritor hace de estas dos corrientes. Para mostrar las implicaciones de dichas ideas que Dostoievski considera como nocivas nos valdremos de los personajes en los que el escritor describió los peligros que estas dos maneras de entender el mundo representan para la preservación de la convivencia armónica entre los hombres. En primer lugar, analizaremos las ideas racionalistas que Dostoievski ataca y que están a favor de una total subordinación de los hombres a una instancia superior –como el Gran Inquisidor, por ejemplo– con tal de que éstos puedan evadir la terrible responsabilidad que les trae su propia libertad y puedan así llegar a ser felices sin ese peso. Estas ideas, como el escritor sostiene, son las que llevan al hombre a intentar afirmar su libertad a toda costa, es decir, a caer en las ideas nihilistas, las cuales condujeron a varios de sus personajes más célebres a realizar actos criminales.

El autor ruso nos demuestra que ni el racionalismo ni la solución que se le ha dado en su tiempo al problema que éste genera –es decir, el pensamiento nihilista– resultan eficaces como forma de pensar para encaminar la conducta humana, ya que ninguno de ellos ha logrado sacar a la humanidad de la crisis en la que se encuentra, sino que, por el contrario, sólo han logrado hundirla cada vez más en ella.

1.1 El Gran Inquisidor: defensor del determinismo

Desde el surgimiento del racionalismo, la confianza en la razón como poseedora de la verdad y como guía para alcanzar la estabilidad, tranquilidad y armonía parecía ser casi infalible; la humanidad se alejaba aparentemente cada vez más de aquel salvajismo que otrora la había caracterizado y, al mismo tiempo, se acercaba también a grandes pasos a ese estado perfecto y armonioso que siempre había anhelado. No obstante, este avance se reveló más tarde como meramente ilusorio. Desde la instauración de la Razón como regente de las acciones humanas y como responsable del avance de la humanidad, ésta ha demostrado que, contrario a lo que se creía, su reino –el reino del racionalismo– no se encuentra libre ni de misticismo y superstición ni tampoco de destrucción.

Ya desde la época de Dostoievski, el racionalismo que guía a la humanidad está en progresiva decadencia y se ha alejado de su objetivo original, el cual consistía en explicar el mundo científicamente –desencantarlos– para que los hombres pudiesen tener dominio sobre éste y así liberarlos del miedo a todo aquello que no podían ni controlar ni explicar y pudieran así convertirse en los regentes del mundo. A pesar de las buenas intenciones con las que originalmente se inició el proceso de racionalización del mundo, los resultados obtenidos no fueron nunca tan positivos como se esperaba: «Una vez que la utopía que dio la esperanza a la revolución francesa pasó, poderosa e impotente a la vez, a la música y filosofía alemanas, el orden burgués establecido ha funcionalizado por completo a la razón. Ésta se ha convertido en la funcionalidad sin finalidad, que justamente por ello se deja acomodar a cualquier fin».¹ Es precisamente esta falta de finalidad propia del racionalismo lo que hace tan sencillo que éste devenga en un totalitarismo cuyo único objetivo certero es la manipulación de los hombres de acuerdo con los objetivos que se busca alcanzar y sin importar si éstos resultan positivos o negativos para la humanidad en su conjunto. En sus obras, Dostoievski da cuenta de cómo la sociedad racionalista –tal y como más tarde lo sostendrán los filósofos alemanes

¹ Horkheimer, M. y Adorno, Th. W. (2005): *Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos*, traducción de Juan José Sánchez, Editorial Trotta, Madrid, pág. 136.

Horkheimer y Adorno— tan sólo demostró que el camino trazado hacia el tan anhelado progreso, hacia la felicidad futura, no estaba exento de sacrificios ni de cierta dosis de barbarie. El escritor narra en la ficción aquello que observa en la realidad: el avance de una sociedad cuyos principios rectores la llevan únicamente a la infelicidad y al sufrimiento de muchas personas.

Dentro de sus obras, Dostoievski ejemplifica sobre todo en dos personajes a aquellos hombres que defienden fervientemente el camino seguido por el racionalismo y que, por lo tanto, apoyan la subordinación de los hombres a una instancia superior para así poder liberarlos del peso de la libertad y permitirles alcanzar la felicidad: Shigaliov y el Gran Inquisidor. Shigaliov representa, en *Los demonios*, a un revolucionario en ciernes que tiene una teoría para lograr que la humanidad sea enteramente feliz. Su teoría, como él mismo afirma, parte de la libertad sin límites para culminar en el despotismo ilimitado.² Dicha teoría consiste en dividir a la humanidad en dos partes desiguales. De estas dos partes:

Una décima parte recibe libertad personal y un derecho ilimitado sobre las nueve décimas partes restantes. Éstas últimas deberán perder toda individualidad y convertirse en una especie de rebaño y, mediante su absoluta sumisión, alcanzarán, tras una serie de regeneraciones, la inocencia original, algo así como el Paraíso Terrenal.³

Este afán del joven revolucionario por alcanzar el paraíso terrestre parte tanto de la negación de la existencia de Dios y de la inmortalidad, como del supuesto amor a la humanidad que el personaje profesa, ya que ésta, según él, no puede aspirar a otra clase de paraíso o de felicidad y, por lo tanto, debe otorgársele esa felicidad única, aunque el alcanzarla quiera decir que nueve décimas partes de la humanidad deban subordinarse a unos pocos. En la novela la forma de organización del mundo propuesta por Shigaliov es descartada por ser considerada —por los otros revolucionarios— como demasiado incompatible con la realidad; sin embargo, esta teoría es recuperada más tarde por el escritor en las ideas del Gran Inquisidor, quien buscará también alcanzar, de manera bastante similar a la descrita por el joven revolucionario, ese paraíso terrenal y que, en opinión de estos dos personajes, parece totalmente incompatible con la libertad humana.

² Cfr. Dostoyevski, F. M. (2000): *Los demonios*, traducción de Juan López-Morillas, Alianza Editorial, Madrid, pág. 501.

³ *Ibid.*, pág. 502.

La teoría de Shigaliiov y su idea de arrebatarle a la humanidad su libertad en aras de la felicidad presente o futura es retomada y definida con más vehemencia por el Gran Inquisidor. Dostoievski pone en boca de este personaje –surgido de la mente de Iván Fiódorovich Karamázov, un nihilista– todos aquellos argumentos que él mismo criticó durante su vida acerca del progreso, el determinismo y su relación con la felicidad humana. Antes de contar su poema sobre el Gran Inquisidor Iván tiene una conversación con su hermano Aliosha en la que le habla de sus ideas sobre la existencia de Dios. Según Iván, él ya ha dejado de preocuparse por el problema de la existencia de Dios y de la inmortalidad debido a que considera que éstos son temas que están fuera de su alcance y de su comprensión. No obstante, a pesar de que ya no le preocupa la existencia de la divinidad –y, por lo tanto, ya no está interesado en negarla e incluso está dispuesto a aceptarla de buen grado–, Iván encuentra imposible aceptar el mundo que Dios ha creado, un mundo sin armonía y lleno de sufrimientos. Durante la charla, Iván le menciona a Aliosha que es el mundo del Creador lo que no puede aceptar, pues el sufrimiento que de los inocentes –como los niños, por ejemplo– es algo injustificable:

Escucha: si todos hemos de sufrir para comprar con nuestro sufrimiento la eterna armonía, ¿qué tienen que ver con ello los niños? ¿Puedes explicármelo, por ventura? Es totalmente incomprensible por qué han de sufrir ellos también y por qué han de contribuir con sus sufrimientos al logro de la armonía. ¿Por qué han de servir de material para estercolar la futura armonía, sabe Dios para quién? Comprendo la solidaridad de los hombres en el pecado, también la comprendo en el castigo, pero no se puede hacer solidarios a los niños en el pecado, y si la verdad está en que ellos son, en efecto, solidarios con sus padres en todas las atrocidades por éstos cometidas, tal verdad no es, desde luego, de nuestro mundo, y a mí me resulta incomprensible.⁴

Iván no puede aceptar un mundo en el que existe tanta maldad, uno en el que, además, el sufrimiento puede ser olvidado fácilmente y los daños pueden ser considerados tan sólo como el precio a pagar por el avance del progreso de la humanidad. El joven considera que el precio de la armonía es demasiado alto como para que alguien pueda desear pagarlo; él, por lo menos, no está dispuesto a aceptarlo y decide devolver su billete de entrada al paraíso –un paraíso que él considera como el mero fruto del sufrimiento ajeno–, no sin antes preguntar a su hermano si él sí estaría dispuesto a pagar esa felicidad futura con las lágrimas de víctimas inocentes.

⁴ Dostoyevski, F. M. (2006): *Los hermanos Karamázov*, traducción de Augusto Vidal, Alianza Editorial, Madrid, pág. 373.

Una vez que ha introducido su tema Iván se propone probarle a su hermano –a través de su *Poema del Gran Inquisidor*– cómo el mundo determinista –junto con el paraíso terrenal de Shigaliiov– al que la razón pretende llevarnos, regido por personas como el Gran Inquisidor, es uno que sí está dispuesto no sólo a privar a la gente de su libertad, sino también a sacrificar a personas inocentes en aras de la felicidad futura y el progreso. El mundo que el racionalismo crea es, según el joven nihilista, uno que está edificado justamente sobre las lágrimas de gente inocente y que, sin embargo, aun sabiendo esto, todos sus habitantes han aceptado de buena gana.

El *Poema* que Iván relata tiene lugar en Sevilla, en los tiempos más oscuros de la Inquisición española. Es en ese lugar, durante ese periodo tan aciago, cuando Cristo decide regresar al mundo. Después de arrestar a Cristo, debido al pánico que su segunda vuelta a la Tierra le genera, el Gran Inquisidor lo visita en la prisión y conversa con Él. En este diálogo –que es más bien una especie de soliloquio– el Gran Inquisidor le reprocha a Cristo su regreso ya que, en su opinión, su prisionero sólo ha venido al mundo a estorbar la misión de la Iglesia. En el discurso que hace frente a su atento prisionero el cardenal le relata lo que los hombres como Él –es decir, los que sirven de guía a los demás– han tenido que hacer para acabar con el legado que el cautivo, Cristo, dejó a su paso. Según el viejo religioso, aquello que Cristo legó a la humanidad resultó tan sólo nocivo, ya que su regalo más grande –la libertad tanto de fe como de acción– es algo que los hombres no pueden soportar y que, por lo tanto, los hace inmensamente infelices. El Gran Inquisidor procede a explicarle a su prisionero por qué la libertad no es tan buena para los hombres como éste creyó. Es a través del monólogo del viejo cardenal que Dostoievski nos muestra cómo el racionalismo –defendido por el Gran Inquisidor– está en contra de la libertad de los hombres y, por lo tanto, si se le sigue, tan sólo se logrará alcanzar el mismo despotismo ilimitado del que hablaba Shigaliiov y que reduce a los seres humanos a seguir instrucciones –ya sea de la naturaleza, de la décima parte de la humanidad o de personas como el Gran Inquisidor– o pautas de conducta –como del entorno social, por ejemplo– y a nunca poder decidir por ellos mismos cómo actuar.

La libertad, según el Gran Inquisidor, es algo que los hombres no desean porque sólo hace sus vidas más infelices debido a que la humanidad es bastante débil y baja, mucho más de lo que Cristo imaginó cuando les obsequió la responsabilidad de ser libres. En opinión del cardenal, Cristo tuvo a los hombres en una estima demasiado alta y fue por eso por lo que decidió hacerles ese regalo que éstos no saben cómo sobrellevar y, debido a ello, están siempre deseosos de regalar a alguien más. El Gran Inquisidor

menciona después que ellos –los clérigos–, luego de quince siglos de atormentarse con el problema de la libertad que Cristo les legó, por fin han logrado darle solución ya que «ahora, precisamente hoy, estos hombres están más plenamente convencidos que nunca de que son libres por completo, pese a que ellos mismos nos han traído su libertad y la han depositado sumisamente a nuestros pies».⁵ El Gran Inquisidor continúa explicándole a su prisionero por qué los hombres están tan ansiosos de otorgarle la responsabilidad de elegir por ellos a alguien más, es decir, de depositar su libertad en manos de otras personas. El cardenal le explica a Cristo que aquel regalo que hizo a los hombres –su libertad– es lo que más les atormenta, pues el peso de este obsequio es insoportable para ellos y, debido a esto, «no existe para los hombres preocupación más atormentadora que la de encontrar a quien hacer ofrenda, cuanto antes, del don de la libertad con que este desgraciado ser nace».⁶ El Gran Inquisidor afirma que los hombres repudian la libertad ya que ésta, a pesar de ser muy seductora para ellos, también les causa grandes tormentos. Debido al sufrimiento que la libertad conlleva para sus portadores, el cardenal le recrimina a su prisionero que les haya hecho ese regalo tan desafortunado, pues con ello demuestra que contrario a lo que debería ser, no siente ningún amor por la humanidad. Así, después de presentarle a Cristo los problemas que éste dejó a los seres humanos, el Gran Inquisidor y el determinismo que defiende se erigen, en el propio discurso del cardenal, como los grandes salvadores de los hombres, ya que sólo ellos han logrado comprender las limitaciones de la condición humana –aquéllas que Cristo no vio– y, basándose en ellas, han logrado hacer del hombre un ser feliz y que no vive atormentado por su libertad.

En esta fábula Dostoievski identifica el racionalismo –y el determinismo que éste conlleva– con el personaje del Gran Inquisidor, un cardenal de la Iglesia católica, porque percibía a la fe católica como inevitablemente ligada al racionalismo. El escritor representa con este personaje no sólo a un miembro de una confesión religiosa que él considera como corrupta, sino también a un hombre completamente racionalista que en aras del progreso está dispuesto a pagar cualquier precio. El Gran Inquisidor se erige en el *Poema* como aquél en quien los hombres depositan su confianza y que –al igual que la Razón que más tarde muchos filósofos criticarán– busca lograr el avance de la humanidad hacia el fin que él considera conveniente. Este personaje quiere sacar a los seres humanos de la barbarie y la destrucción, pero, al hacerlo, no se preocupa mucho si el camino que

⁵ *Ibid.*, págs. 383-384.

⁶ *Ibid.*, pág. 388.

debe seguir es uno en el cual los hombres deben renunciar a su libertad y en el cual inevitablemente también habrá víctimas inocentes ya que, en opinión del cardenal, ese sufrimiento que los seres humanos todavía tienen que experimentar es lo que los llevará hacia el objetivo final. Así, con su Gran Inquisidor, Dostoievski nos muestra cómo el racionalismo ha logrado aligerar la carga que la libertad produce sobre los hombres y, de esta manera, ellos «se han puesto muy contentos al verse conducidos otra vez como un rebaño y al darse cuenta de que, por fin, se les ha retirado de los corazones aquel espantoso don, que tantos sufrimientos les habría acarreado». ⁷ El Gran Inquisidor menciona además que, al seguir los designios establecidos por el poder que él defiende:

Todos serán felices y no volverán a rebelarse ni a matarse unos a otros, como están haciendo hoy en todas partes gracias a la libertad que les has concedido. Oh, les persuadiremos de que únicamente serán felices cuando renuncien a su libertad en favor nuestro y se nos sometan a nosotros. [...] Ellos mismos se convencerán de que tenemos razón, pues recordarán los horrores de esclavitud y angustia a los que los ha llevado tu libertad. ⁸

Es de esta manera que el cardenal de Sevilla concluye su diatriba contra Cristo y, además, le muestra a su prisionero que los hombres prefieren siempre tener una existencia regida por ciertas reglas ajenas a ellos —es decir, regida por un determinismo— a tener que enfrentar el gran compromiso que conlleva la libertad de elegir.

Dostoievski nos muestra de esta manera la posibilidad de un mundo totalmente racionalista, uno en el que «ya no habrá tantos sufrimientos ni responsabilidades, pero tampoco habrá libertad» ⁹ ni de fe ni de acción; éste será también un mundo que permitirá ser edificado sobre las lágrimas de los inocentes, porque ése es el precio razonable que los hombres deben pagar para poder alejar al sufrimiento de sí mismos. El cardenal imaginado por Iván se alza así, en la obra de Dostoievski, como el gran defensor de las ideas racionalistas, las cuales, como Shigalióv reconoce, terminan por crear un despotismo ilimitado debido a que, como el filósofo N. A. Berdiáiev afirma: «la aspiración a la igualdad, a la felicidad y a la sociedad igual tiene que llegar a una enorme desigualdad, al dominio de una minoría sobre la mayoría». ¹⁰ Es justamente en contra de ese despotismo y esa enorme desigualdad que se levanta no sólo Iván —quien responde a

⁷ *Ibid.*, pág. 392.

⁸ *Ibid.*, pág. 395.

⁹ Berdiáiev, N. (2008): *El espíritu de Dostoyevski*, traducción de Olga Trankova Tabatadze, Editorial Nuevo Inicio, Granada, pág. 208.

¹⁰ *Ibid.*, pág. 218.

dicho determinismo con sus ideas nihilistas que serán analizadas en el siguiente apartado—, sino también Dostoievski.

1.2 El «hombre del subsuelo» y la libertad sin límites

A pesar de que no en todas sus obras se exponen de manera tan explícita, las ideas racionalistas y deterministas expresadas por Shigaliov y el Gran Inquisidor siempre están presentes en el pensamiento de Dostoievski de los años 60 y siguientes como parte de aquello que busca refutar con su propia propuesta. El escritor dedica muchos pasajes de sus obras a ir en contra de dichas ideas debido a que él es un gran defensor no sólo de la libertad de los hombres, sino también de su dignidad.¹¹ Para mostrarnos el carácter nocivo de las ideas racionalistas Dostoievski crea a su «hombre del subsuelo», quien es, al igual que todos sus herederos, el rebelde por antonomasia, aquel personaje que nos permite apreciar plenamente el fracaso del racionalismo como regente de la vida humana. A través de su «hombre del subsuelo» el escritor critica las ideas de aquellos pensadores de su época que defienden el determinismo y también nos muestra cómo su imposición sólo termina creando el efecto contrario a aquél con el que sueñan Shigaliov y el Gran Inquisidor: una sociedad llena de hombres que quieren afirmar su libertad sin límites y están dispuestos a realizar cualquier acto—incluso criminal— para probarlo. Asimismo, el escritor utiliza a su hombre subterráneo para mostrarnos cómo el extremo contrario al determinismo—este hombre es el prototipo de todos aquellos personajes dostoievskianos que buscan poseer una libertad ilimitada— es también perjudicial para los hombres.

El «hombre del subsuelo», tal y como el escritor mismo lo menciona en la advertencia que escribe al inicio de la obra, es «un personaje de nuestro pasado reciente, representativo de la generación que aún pervive»¹² y, por lo tanto, representa las ideas que, a través de él mismo, Dostoievski critica muy fuertemente. Desde el inicio de la obra el «hombre del subsuelo» se presenta a sí mismo como un hombre despedido, antipático y enfermo, quien, además, se niega a ponerse en tratamiento para aliviar sus dolencias

¹¹ Recuérdese que el Gran Inquisidor, al exponer el determinismo al que ha sido sometida la humanidad, menciona que una de las grandes razones por las cuales los hombres no pueden lidiar con la libertad es porque son más débiles y viles de lo que Cristo pensó cuando les otorgó la libertad de fe y de acción. El Gran Inquisidor tiene una idea de los hombres bastante negativa, ha perdido la fe tanto en Dios como en el hombre mismo. Cfr. Berdiáev: *El espíritu de Dostoyevski*, pág. 207.

¹² Dostoyevski, F. M. (2000): *Apuntes del subsuelo*, traducción de Juan López-Morillas, Alianza Editorial, Madrid, pág. 13. Al escribir este libro Dostoievski tenía en mente principalmente a N. G. Chernishevski, quien era un intelectual de los años 60 que había escrito, en 1863, una obra llamada *¿Qué hacer?*, la cual sirvió como base para las ideas que desarrollaría la generación de los años 60. Cfr. Frank, J. (1988): *Dostoyevsky. The Stir of Liberation, 1860-1865*, Princeton University Press, New Jersey, págs. 312-316.

físicas –reales o imaginarias– precisamente por el desprecio que siente hacia todos los demás hombres, médicos incluidos, y que lo hace permanecer en su rincón, aislado de la sociedad porque, en su opinión, eso es lo único que un hombre inteligente puede hacer. Tal y como se observa en su discurso, este hombre se describe a sí mismo como una persona culta del siglo XIX, a quien la educación y la cultura –en suma, la civilización– no han hecho un hombre mejor o más consciente de la diferencia entre el bien y el mal, sino que, más bien, tan sólo lo han transformado en un ser insensible que no se siente limitado por nada. Este personaje –al igual que muchos de los defensores de las ideas nihilistas– se siente siempre superior a todos y a todo, es alguien que se ve como la medida de las cosas y que, en consecuencia, se considera prácticamente un dios.¹³

El «hombre del subsuelo», al contemplarse como un hombre culto y poseedor de una conciencia hipersensible, está en contra del determinismo al que la racionalidad empuja al hombre necesariamente. En un inicio, podría decirse que dicho personaje refleja las ideas de Dostoievski quien, como ya se mencionó, era un enemigo radical del racionalismo¹⁴ y, por lo mismo:

Rechazaba el pensar metódico, la reglamentación racionalista y la igualación; la ilusión de un paraíso terrenal forjado a base de razón y de ciencia, la ilusión del palacio de cristal, del universo racionalista, del individuo autónomo o del burgués capitalista y liberal; de la torre de Babel socialista y comunista con sus edénicas promesas. Se rebeló contra la ciega mecánica de las leyes naturales de la indiferente *grande dame* Naturaleza [...] Se rebeló contra la totalidad de la ciencia positivista que aspiraba a resolver todos los problemas, y contra el dominio de las evidencias racionalistas.¹⁵

El personaje creado por Dostoievski expone la crítica hecha por el escritor a las ideas racionalistas al sostener que, al contrario de lo que se cree, el hecho de que el hombre sea un ser consciente y racional no lo hace elegir siempre el camino del bien ni tampoco lo hace perseguir siempre intereses que sean benéficos para él mismo. Como prueba de su argumento, dicho personaje nos remite a la historia de la humanidad, la cual ha mostrado en innumerables ocasiones que el hombre, a veces, «con conocimiento de causa, esto es, sabiendo plenamente cuáles son sus verdaderos intereses, los ha desdeñado y se ha metido

¹³ Lo mismo sucederá con Raskólnikov, protagonista de la obra *Crimen y castigo*, quien también se siente superior al resto de los hombres. Las ideas de este personaje serán analizadas más adelante.

¹⁴ Dostoievski se vale del «hombre del subsuelo» para criticar las ideas de Chernishevski y sus seguidores, pero tampoco está de acuerdo con todo lo que su personaje sostiene, tal y como el resto de sus obras nos demostrarán.

¹⁵ Matl, J. (1951): «Dostoievski y la crisis de nuestro tiempo», *Revista de estudios políticos*, n.º 57, pág. 52.

por otro camino en pos del riesgo, de la suerte, sin que nada ni nadie lo obligue a ello». ¹⁶ Al continuar con su argumentación en contra del egoísmo racional, ¹⁷ el «hombre del subsuelo» sostiene asimismo que los seres humanos, además de no siempre actuar de acuerdo con su propio interés o beneficio, también se han vuelto cada vez más sanguinarios e insensibles como consecuencia de la civilización, pues ésta, en su opinión, no hace más que:

Desarrollar en el hombre la variedad y multiplicidad de sus sensaciones... eso es absolutamente todo. Y a través del desarrollo de esa variedad y multiplicidad quizá el hombre pueda llegar a tomarle el gusto a la sangre [...] Sea como fuere, si la civilización no ha hecho más sanguinario al hombre, al menos lo ha hecho más vilmente sanguinario de lo que antes era. Antes veía justicia en el derramamiento de sangre, y con la conciencia tranquila exterminaba a quien necesitaba exterminar; ahora, por el contrario, aunque juzgamos abominable el derramamiento de sangre, lo practicamos mucho más a menudo que antes. ¹⁸

Así, este personaje, basándose en ejemplos históricos, niega contundentemente dos de las principales premisas de los defensores del egoísmo racional: que el hombre actúe siempre en su propio beneficio y que, además, un mundo de perfectos egoístas tiene que ser, necesariamente, un mundo en el que reine la armonía y la bondad, puesto que el hombre es un ser bueno por naturaleza que no desea conscientemente el mal.

Dostoievski consideraba, tal y como lo ejemplifica con la crítica hecha por el «hombre del subsuelo» a la civilización, que el racionalismo había fracasado en su intento por conducir al hombre por el camino del bien y de la armonía. No obstante, a través del mismo personaje, el escritor nos muestra también cómo el otro extremo –la rebelión contra el racionalismo que culmina en el nihilismo y la libertad sin límites– tampoco es recomendable puesto que, contrario a lo que piensan los defensores del egoísmo racional, en ocasiones el hombre también puede desear el mal e incluso lo hace frecuentemente tan sólo para poder sentir que es libre y que no está constreñido a actuar siempre de

¹⁶ Dostoyevski: *Apuntes del subsuelo*, pág. 35.

¹⁷ En su obra anteriormente mencionada Chernishevski defiende la teoría del egoísmo racional, la cual niega el libre albedrío arguyendo que los seres humanos están constreñidos por su propia naturaleza a obrar de cierta manera y que sus elecciones están siempre gobernadas por sus propios intereses. Además, esta teoría asume que los intereses de todas las personas son armoniosos y que, por lo tanto, una sociedad de perfectos egoístas no tiene por qué acabar en el anarquismo o en el derramamiento de sangre. Dostoievski reduce al absurdo este argumento al sostener que, si el hombre debe actuar de acuerdo con sus mejores intereses, éste debe actuar siguiendo su libre albedrío y, por lo mismo, no es un ser determinado, cosa que va en contra de la misma teoría del egoísmo racional. Cfr. Scanlan, J. P. (2002): *Dostoevsky the Thinker*, Cornell University Press, Ithaca, págs. 65-72.

¹⁸ Dostoyevski: *Apuntes del subsuelo*, págs. 39.

determinada manera. El hombre subterráneo, al estar en contra del egoísmo racional, es un fuerte defensor del libre albedrío. Este personaje considera que si al hombre le es negada la libertad de elegir –como sucede en la teoría que él tanto critica– éste:

Llegaría hasta el extremo de arriesgar sus bizcochos y buscaría de propósito la más repugnante basura, el absurdo más antieconómico, con el único fin de inyectar su propia perniciosa fantasía en esa positiva sensatez. Son cabalmente sus propios sueños, fantásticos, su estupidez más vulgar, lo deseará por encima de todo lo demás, sólo para probarse a sí mismo [...] que los hombres son todavía hombres y no teclados de piano en los que las leyes de la naturaleza tocan la tonadilla que les viene en gana.¹⁹

Este afán por sentirse libres y no tan sólo una pieza más dentro del engranaje de la naturaleza hace que los hombres terminen actuando como si fuesen seres superiores, casi dioses –como le ocurre no sólo al mismo «hombre del subsuelo», sino también a muchos de los personajes posteriores de Dostoievski–, sin límites, a los que les está permitido todo para así poder probarse que, efectivamente, su voluntad y libre albedrío están por encima de cualquier determinismo que quiera imponérseles. El «hombre del subsuelo» concluye su soliloquio diciendo que, si bien la conciencia es una desgracia para los hombres –como él mismo sostuvo anteriormente y como el Gran Inquisidor también afirma–, éstos nunca renunciarán a ella debido a que ésta también constituye el único medio que los hace sentirse en control de la situación, lo único que les da esa afirmación de la libertad sin límites que tanto necesitan para sentirse algo más que simples piezas dentro de un juego que la naturaleza manipula a su antojo.²⁰

El «hombre del subsuelo» nos demuestra que ese deseo de racionalizar al hombre para llevarlo al camino del bien y de la felicidad sólo puede culminar en el extremo contrario: en un mundo en el que los hombres, en su afán de sentir que controlan su propia vida, eligen incluso realizar acciones malvadas para poder sentirse poseedores de una libertad fuera de cualquier límite que la razón quiera imponerles.²¹ Con su hombre subterráneo, Dostoievski nos muestra la verdadera naturaleza del hombre, quien dista

¹⁹ *Ibid.*, págs. 44-55.

²⁰ Cfr. *Ibid.*, pág. 49. Esto va, naturalmente, en contra de las ideas que defiende el Gran Inquisidor y según las cuales los hombres sí son capaces de renunciar a su libertad de conciencia –por muy tentadora que ésta sea para ellos– con tal de alcanzar la felicidad. Cfr. Dostoyevski: *Los hermanos Karamázov*, pág. 389.

²¹ Cfr. Frank, J. (1997): *Dostoyevsky. The Miraculous Years, 1865-1871*, Princeton University Press, New Jersey, págs. 68-69. Esto es lo que más tarde sucederá con el personaje de Iván, quien se rebela contra el orden impuesto por el racionalismo al devolver a Dios su billete de entrada al paraíso. Cfr. Dostoyevski: *Los hermanos Karamázov*, pág. 375.

mucho del ser racional y armonioso que el racionalismo tiene en mente.²² Berdiáiev menciona que el escritor está convencido de que:

Hay en el hombre una atracción invencible hacia la irracionalidad, hacia la libertad desenfrenada, hacia el sufrimiento. El hombre no tiende necesariamente hacia su comodidad. En todo momento su arbitrariedad le hace preferir el sufrimiento. No se acomoda a una organización racional de la vida, coloca la libertad por encima de su felicidad. Pero la libertad no es la primacía de la razón sobre el elemento anímico, no; es una libertad irracional en su más alto grado, insensata, que lleva al hombre más allá de los límites que le son asignados. Esta libertad ilimitada lo tortura, lo lleva a la perdición. Una tortura y una perdición que el hombre desea.²³

Este sufrimiento deseado del que nos habla Berdiáiev es aquél que el «hombre del subsuelo» también menciona. A pesar de que en la obra no queda muy claro todo aquello de lo que este ser subterráneo es capaz al poner en práctica esa idea de la libertad sin límites²⁴, Dostoievski continúa esta reflexión acerca de la falta de límites y de fundamentos propia de los hombres de su tiempo a lo largo de todas sus obras posteriores. En el resto de sus escritos el autor nos muestra la completud catastrófica a la que son llevadas estas ideas tanto en el plano del pensamiento como en el de la acción, permitiéndonos también observar así el relativismo extremo en el que dicha forma de pensar puede culminar.

Dostoievski consideraba que las ideas nihilistas, a pesar de tener en un inicio aspiraciones altruistas y humanitarias, terminaban siempre en un egoísmo irracional –tal y como lo demuestra el «hombre del subsuelo»– tan extremo que llevaba a los hombres a cometer los crímenes más abyectos tan sólo porque les era posible elegir entre hacerlo o no. Al igual que el hombre subterráneo, otro de los personajes dostoievskianos que da cuenta de este egoísmo irracional es Rodión Románovich Raskólnikov, protagonista de la novela *Crimen y castigo*. Este personaje es un estudiante pobre que, durante su estancia en San Petersburgo, entra en contacto con las ideas nihilistas que fluyen a su alrededor y

²² Dostoievski sostenía, contrariamente a las ideas del filósofo prusiano Immanuel Kant, que la *buena voluntad* que este pensador considera como necesaria para que los hombres sigan el camino del bien y lleguen a la felicidad es algo que no proviene de la razón, sino de la fe. La propuesta hecha por el escritor ruso para alcanzar la felicidad y la armonía transita, por consiguiente, por el camino de la fe.

²³ Berdiáiev: *El espíritu de Dostoyevski*, págs. 47-48.

²⁴ El «hombre del subsuelo» dedica la segunda parte de la obra a narrar brevemente una de sus aventuras pasadas, la cual explica en gran medida por qué al escribir sus *Apuntes del subsuelo* el personaje se encuentra aislado: aquel sentimiento de superioridad que tiene frente a todos los hombres lo llevó, a lo largo de su vida, a realizar las acciones más ridículas y viles, las cuales con el paso del tiempo lograron aislarlo por completo de la sociedad. Cfr. Dostoyevski: *Apuntes del subsuelo*, págs. 59-148.

termina por convertirse no sólo en un fiel defensor teórico de dicha forma de pensar, sino que también la lleva a la práctica. Raskólnikov está convencido de que un egoísmo supremo podría tener consecuencias positivas para la sociedad. En un artículo que redacta para una revista describe su teoría de las personas «extraordinarias», aquéllas que tienen permitido llevar el egoísmo extremo a la práctica; según él, «la persona extraordinaria» tiene derecho [...] a permitirse en su conciencia la infracción de ciertos obstáculos y sólo cuando lo exige la realización de su idea [...] idea de la que en algún caso puede depender la salvación de la humanidad entera».²⁵ Así, según sostiene este personaje, hay personas a las que, por sus características especiales, no sólo les está permitido matar, sino que hacerlo es casi una obligación para permitir el progreso de la sociedad.

Para Raskólnikov, a esas personas «extraordinarias» les está permitido cometer los crímenes necesarios para lograr sus intereses debido a que son ellas las que empujan al mundo hacia adelante y lo guían hacia un mejor futuro. Continuando con su reflexión acerca de dicha división de la humanidad, el estudiante menciona también que estos individuos dotados de talentos y cualidades excepcionales:

Infringen todos la ley: son destructores o se inclinan a la destrucción según sus diversas aptitudes. Los delitos de éstos son, por supuesto, tan relativos como variados: la mayoría de ellos exigen [...] la destrucción de lo presente en nombre de algo mejor. Pero si tal individuo necesita, en pro de su idea, pasar por encima de un cadáver o de un charco de sangre, creo yo que puede hallar en su fuero interno, en su conciencia, autorización para pasar por encima de un charco de sangre.²⁶

Es esta justificación de los crímenes «necesarios» para el avance de la sociedad la que lleva a Raskólnikov a matar a la vieja usurera –una explotadora de todos sus deudores– en pro de la sociedad, de todas esas pobres personas que sufren de su explotación. Al realizar el asesinato este personaje lo hace pensando en una charla entre otros dos estudiantes –defensores también de las ideas nihilistas– que escuchó en una taberna: «¿No te parece que miles de buenas acciones pueden borrar un crimen insignificante? ¡A cambio de una vida, miles de vidas se salvarían de la ruina y la corrupción! ¡Una muerte a cambio de cien vidas!, ¿qué te parece esa aritmética?».²⁷ Para Raskólnikov, la aritmética mencionada por ese otro estudiante parece en teoría muy beneficiosa, aunque la práctica

²⁵ Dostoyevski, F. M. (1999): *Crimen y castigo*, traducción de Juan López-Morillas, Alianza Editorial, Madrid, pág. 334.

²⁶ *Ibid.*, págs. 335-336.

²⁷ *Ibid.*, pág. 97.

hace más tarde evidente que no lo es tanto. Al igual que el «hombre del subsuelo», este estudiante empobrecido nos demuestra cómo la libertad sin límites, el hecho de creerse un dios y actuar como tal, no tiene beneficios ni personales ni para la sociedad en conjunto; Raskólnikov enferma justo después de matar a la vieja usurera y, en cuanto a la sociedad, el asesinato de la explotadora tampoco logra realmente un beneficio para el resto de sus congéneres empobrecidos.

Según Dostoievski, esta idea de la libertad sin límites en la que el «hombre del subsuelo» cae para salir del determinismo racional causa muchos estragos en la sociedad debido a que todos los hombres se sienten personas «extraordinarias» y consideran que es su derecho cometer cualquier crimen –menor o mayor– para poder afirmar su libertad. Raskólnikov, a pesar de defender que sólo las personas sobresalientes tienen derecho a infringir la ley, considera también que «no solamente los grandes hombres, sino también los que apenas descuellan por encima de los demás, los que tienen algo nuevo que decir, por poco que sea, han de ser por su índole misma delincuentes»;²⁸ este estudiante es él mismo tan sólo una de esas personas que apenas sobresalen –o ni siquiera eso– y que, sin embargo, se da a sí mismo el derecho a matar por su «idea» en aras de un gran beneficio para la sociedad.

En la misma novela, una vez que Raskólnikov expone su teoría frente a algunos conocidos, uno de ellos –Porfiri Petróvich, el magistrado encargado de la investigación del asesinato de la vieja usurera– le menciona que, lo que le parece sorprendente de dicha teoría es que «lo original en todo eso [...] es permitir el derramamiento de sangre en nombre de la consciencia; [...] y ese permiso a derramar sangre por conciencia... me parece más horroroso que el derramarla por sanción oficial, legal...».²⁹ Dostoievski, al igual que el personaje de Porfiri Petróvich en la novela, también encontraba muy alarmante el hecho de que el número de asesinatos cometidos por estudiantes –es decir, por gente educada y que, por lo tanto, los planeaba con premeditación– se incrementara cada día más; el escritor consideraba esa alza en los crímenes como algo significativo y que indicaba que los límites antaño respetados habían dejado de tener efecto en la sociedad.³⁰

²⁸ *Ibid.*, pág. 335.

²⁹ *Ibid.*, pág. 339. Berdiáiev, en su obra sobre Dostoievski, menciona que cuando el hombre traspasa los límites de lo permitido por la naturaleza humana y aspira a convertirse en un dios –como Raskólnikov–, tan sólo se convence de que está muy lejos de ser ese hombre-dios que pretende y descubre, por el contrario, que únicamente posee una absoluta impotencia para darle completud a su «ideal elevado» por el cual se dio el permiso de traspasar los límites. Cfr. Berdiaev: *El espíritu de Dostoyevski*, pág. 102.

³⁰ Cfr. Frank: *Dostoevsky. The Miraculous Years, 1865-1871*, pág. 66.

Otro ejemplo muy claro que nos da Dostoievski acerca de esta pretensión de ser personas superiores que buscan mejorar a la sociedad al eliminar a los elementos nocivos dentro de ella es el caso de Smerdiakov en *Los hermanos Karamázov*. Smerdiakov, a diferencia de Raskólnikov, tiene como fundamento original para el asesinato tan sólo fines personales: busca robar el dinero que Fiódor Pávlovich Karamázov guarda con tanto celo para su amada y, además, siente hacia el viejo un rencor inmenso. Sin embargo, a pesar de que sus motivos distan mucho de ser los que Raskólnikov consideraba como una justificación de los crímenes que las personas «extraordinarias» cometen, Smerdiakov sí considera que le está haciendo un favor a la sociedad.

El viejo Karamázov es un ser despreciable y su muerte es deseada por más de una persona, incluso por sus propios hijos. Debido a ello, Smerdiakov, al planear el asesinato, considera que al matarlo les haría un favor a todos en general y a Iván en particular, ya que éste último, con su padre muerto, podría no sólo cobrar una herencia que le corresponde, sino que también se quitaría de encima a un hombre a quien ha despreciado toda su vida. Cuando el asesino confiesa su crimen a Iván, le echa en cara que fue este último el que, con sus largos discursos nihilistas, le hizo pensar que estaba permitido matar al viejo en aras de un fin superior. Dicho fin noble que le sirve al asesino como justificación nunca llega a consumarse –tal y como sucede con Raskólnikov– porque el asesino práctico –Smerdiakov– termina suicidándose y el teórico –Iván– cae en la obscuridad de la locura.

Al igual que Raskólnikov y Smerdiakov, los demás personajes de Dostoievski nos muestran las consecuencias cada vez más nocivas del desarrollo de las ideas nihilistas y su aplicación en la sociedad. En su obra *El idiota*, el escritor, a través de uno de sus personajes, menciona que los causantes de los violentos disturbios cada vez más frecuentes en la sociedad:

no son exactamente nihilistas [...] éstos son muy diferentes... un género especial. [...] van más allá que los nihilistas, [...] los nihilistas [...] son a veces personas bien informadas, incluso ilustradas, pero éstos van más lejos porque son ante todo hombres de acción. Esto [...] es una especie de continuación del nihilismo [...] Si quieren algo, lo exigen como un derecho, sin pararse en barras, aunque tengan que matar a un montón de gente para conseguirlo.³¹

³¹ Dostoyevski, F. M. (1999): *El idiota*, traducción de Juan López-Morillas, Alianza Editorial, Madrid, pág. 368.

Además, estos continuadores del nihilismo, a pesar de cometer actos delictivos a diestro y siniestro, no se consideran a sí mismos como criminales ni consideran que han obrado mal, sino que, muy por el contrario «creen que tenían derecho a hacer lo que hicieron... más aún, creen que obraron bien, o casi siempre algo por el estilo»³² y, por lo tanto, no muestran ningún arrepentimiento por las acciones cometidas. Estos personajes sin escrúpulos que se creen merecedores de todo aquello que desean son también los que más tarde, en la novela *Los demonios*, terminarán asesinando a cualquier persona que se interponga entre sus ideas y su realización y, además, acabarán por llevar a la ciudad entera a la anarquía y a la destrucción. Dostoievski, al hablar de *Los demonios*, menciona que en esa obra busca exponer los diversos motivos por los cuales cualquier hombre – incluso el más puro y sencillo– puede llegar a cometer crímenes monstruosos sin ser necesariamente una persona malévola. Según el escritor, esto sucede, sobre todo, «en los periodos de transición, en los tiempos de conmociones en la vida del hombre, en las épocas de duda y negación, de escepticismo y titubeo».³³ Son esas épocas de duda y negación las que permiten que cualquier idea nociva sea introducida en las mentes de los hombres y los lleve a cometer acciones que tal vez nunca hubiesen pasado por su mente. En la novela mencionada, aquél que se encarga de introducir todas las ideas perniciosas en las mentes de sus contemporáneos es Nikolái Vsévolodovich Stavroguin. A pesar de no ser él mismo el protagonista de muchos de los disturbios que ocurren en la novela, Stavroguin es siempre el autor intelectual, ya que es él quien ha sembrado en sus contemporáneos –Verjovenski, Kirílov, Shátov– las ideas que llevarán a cada uno de ellos a la desgracia.

De todos los casos de los personajes de *Los demonios* que terminan en la desgracia debido a la influencia de Stavroguin quizá sea el de Kirílov el más emblemático. Este personaje es un fiel defensor del ateísmo y de la libre voluntad del hombre y está convencido de que, una vez que los hombres acepten que Dios no existe, surgirá una «nueva era» y también un «nuevo hombre» que ocupará el lugar de Dios. Este nuevo hombre-dios tiene como atributo divino precisamente su voluntad porque, según Kirílov, «si Dios existe, todo es Su Voluntad y yo no puedo hacer nada contra Su Voluntad. Si no existe, todo es mi voluntad y estoy obligado a poner de manifiesto mi voluntad».³⁴ Con

³² *Ibid.*, pág. 482.

³³ Citado en Tierno Galván, E. (1953): «Concepción del mundo e ideas políticas en la obra de Dostoievski», *Revista de Estudios Políticos*, n.º 70, pág. 94.

³⁴ Dostoyevski: *Los demonios*, pág. 760.

este argumento Kirílov se convence de que la única forma de probar que Dios no existe y que el hombre es, en consecuencia, dueño de su propio destino es matándose, ya que alguien tiene que empezar a probar que de hecho Dios es sólo una idea creada por los hombres y la única forma de hacerlo es mediante el suicidio. El suicidio representa, según él, la forma de rebelarse contra Dios y de probar que Éste no tiene autoridad sobre las vidas humanas. Al matarse, Kirílov hará evidente –para los demás– aquel atributo divino presente en todos los hombres –su real voluntad– y mostrará así la «nueva y terrible libertad»³⁵ que todas las personas poseen y que hasta el momento no han utilizado. Kirílov considera que rechazar a Dios –o más bien, la idea que de Éste se han hecho los hombres– liberaría a la humanidad de la opresión de Aquél ante quien se encuentran subyugados y, al devolverles a éstos su libertad, hará de ellos hombres mejores y que tendrán un nuevo ideal más elevado. Al igual que Kirílov, Iván Karamázov defiende también esta idea de liberarse del yugo que la idea de Dios representa sobre los hombres para que éstos últimos puedan poseer esa libertad ilimitada que dicha idea les quita y, así, sea posible que ellos mismos rijan su vida y se conviertan en hombre-dios. En su delirio Iván está convencido de que:

Cuando la humanidad rechace a Dios [...], sin necesidad de antropofagia se derrumbará por sí misma toda la antigua ideología y, sobre todo, toda la antigua moral, todo se renovará. Los seres humanos se unirán para exprimir de la vida cuanto ésta pueda dar, pero sólo para alcanzar la felicidad y la alegría en este mundo. El hombre se encumbrará con un espíritu divino, con un orgullo titánico y aparecerá el hombre-dios. [...] Es más, aunque nunca llegue el periodo indicado, como quiera que no existen ni Dios ni la inmortalidad, nada impide al nuevo hombre hacerse hombre-dios, aunque sea él solo en todo el mundo, y ya, desde luego, en su nuevo rango, saltarse con alegre corazón todos los obstáculos morales del anterior hombre-esclavo, si es preciso.³⁶

En opinión de Dostoievski, esta idea del hombre-dios defendida por los personajes de Kirílov y de Iván no traerá a los hombres la liberación –tal y como estos personajes sostienen fervientemente–, sino tan sólo les acarreará infelicidad y destrucción.

Siguiendo su idea de la inexistencia de Dios y de que el hombre es un ser divino y el creador de sus propios límites, Kirílov se quita la vida. Este personaje termina matándose incitado por su idea nihilista sin que su muerte tenga las notables repercusiones que él pretendía. Con este ejemplo –entre otros muchos– Dostoievski nos muestra las

³⁵ *Ibid.*, pág. 763.

³⁶ Dostoievski: *Los hermanos Karamázov*, págs. 976-977.

destructivas consecuencias de las ideas nihilistas, representadas por Stavroguin, en los miembros de su sociedad. Asimismo, el escritor nos enseña, a través de este personaje, que el mal es algo que se encuentra presente en el hombre y que, si no se le contrarresta, puede llegar a adueñarse completamente de nuestra vida. Stavroguin es un claro ejemplo de cómo la duda y la negación pueden terminar con los fundamentos y los límites que los seres humanos poseemos:³⁷ la vida de este joven carece de sentido; sus acciones se vuelven cada vez más viles hasta que, finalmente, termina por quitarse la vida, no sin antes admitir en una carta que de él «no ha salido más que negación, sin fuerza ni magnanimidad. Ni siquiera negación. Todo ha sido siempre mezquino y lánguido».³⁸ Esa falta de interés tanto por el mundo como por su vida misma es precisamente una de las características que, en opinión de Dostoievski, caracterizan al hombre sin límites, a aquél que realiza cualquier acción –incluso criminal– por probarse y demostrarle a los demás que no es parte de las nueve décimas partes que Shigaliiov condena al sometimiento absoluto.

Stavroguin representa, para el escritor, un claro ejemplo del nihilismo en todo su esplendor; este personaje da a la discusión iniciada por el «hombre del subsuelo» sus argumentos finales y, de esta manera, nos demuestra cómo aquel hombre subterráneo tenía razón al afirmar que los hombres son incapaces de renunciar a su libertad y, por lo tanto, son también capaces de realizar cualquier acción con tal de probarse a sí mismos que son seres libres y no determinados por la naturaleza. En este hombre Dostoievski nos muestra cómo ese egoísmo extremo que hace a los hombres sentirse libres puede llegar a adueñarse de la vida de las personas y hacerlas elegir siempre –conscientemente– el camino del mal, camino que en muchas ocasiones resulta más atractivo que el del bien. A lo largo de toda la novela de la que es protagonista, Stavroguin elige siempre actuar de una manera reprobable sin tener ninguna justificación real para hacerlo. El escritor ejemplifica con este personaje aquello que observa en los nihilistas de su tiempo: que la libertad extrema que éstos defienden es una muy relativa, que no puede fundamentarse de ninguna forma y que, por lo tanto, tampoco puede limitarse de ninguna manera. Esta libertad, contraria a la defendida por Kant, es una libertad irresponsable que conduce a

³⁷ Cfr. Frank: *Dostoevsky. The Miraculous Years, 1865-1871*, pág. 456. Sobre la novela *Los demonios* Berdiáev menciona que ésta trata sobre todo del porvenir y no tanto del presente que le tocó vivir a Dostoievski ya que los personajes de esta obra aparecerían sólo en el siglo XX, una vez que el alma humana se hubiese hecho más compleja y los límites del ser humano ya no fueran considerados de ninguna manera como algo que no se podían traspasar. Cfr. Berdiáev: *El espíritu de Dostoyevski*, pág. 144.

³⁸ Dostoyevski: *Los demonios*, pág. 826.

los hombres a la destrucción de los otros y de sí mismos, como bien lo ejemplifica Stavroguin, porque nunca puede establecerse un límite que la regule. En la libertad sin límites no se respeta ningún imperativo, los hombres son tratados como meros medios para alcanzar diversos fines y, debido a ello, el mal no parece algo tan reprochable, sino que es considerado no sólo como un paso más hacia la realización de un fin determinado, sino también como el camino más adecuado para lograrlo. La sociedad en la que Stavroguin se desenvuelve termina en la total destrucción, así como también toda aquella persona que se haya dejado influir por las ideas de este joven. Stavroguin culmina también aquello que Raskólnikov dejó a medias y nos muestra que «el reinado universal de ese egoísmo sólo podía conducir al desplome de la sociedad. Que todos supongan ser “hombres extraordinarios” y el resultado será el mundo hobbesiano de la febril pesadilla de Raskólnikov, la guerra de todos contra todos»,³⁹ y es esta guerra eterna la que, como el escritor afirma, ha regido la vida del hombre moderno y continuará haciéndolo a menos que se le encare y se logre la liberación, la cual permitirá al hombre salir de las tinieblas y encontrar la luz.

³⁹ Frank: *Dostoevsky. The Miraculous Years, 1865-1871*, págs. 145-146.

Bibliografía

- Berdiaev, N. (2008): *El espíritu de Dostoyevski*, traducción de Olga Trankova Tabatadze, Editorial Nuevo Inicio, Granada.
- Dostoyevski, F. M. (2000): *Apuntes del subsuelo*, traducción de Juan López-Morillas, Alianza Editorial, Madrid.
- Dostoyevski, F. M. (1999): *Crimen y castigo*, traducción de Juan López-Morillas, Alianza Editorial, Madrid.
- Dostoyevski, F. M. (1999): *El idiota*, traducción de Juan López-Morillas, Alianza Editorial, Madrid.
- Dostoyevski, F. M. (2000): *Los demonios*, traducción de Juan López-Morillas, Alianza Editorial, Madrid.
- Dostoyevski, F. M. (2006): *Los hermanos Karamázov*, traducción de Augusto Vidal, Alianza Editorial, Madrid.
- Frank, J. (1988): *Dostoevsky. The Stir of Liberation, 1860-1865*, Princeton University Press, New Jersey.
- Frank, J. (1997): *Dostoevsky. The Miraculous Years, 1865-1871*, Princeton University Press, New Jersey.
- Horkheimer, M. y Adorno, Th. W. (2005): *Dialéctica de la ilustración. Fragmentos filosóficos*, traducción de Juan José Sánchez, Editorial Trotta, Madrid.
- Matl, J. (1951): «Dostoievski y la crisis de nuestro tiempo», *Revista de estudios políticos*, n.º 57, págs. 35-54.
- Scanlan, J. P. (2002): *Dostoevsky the Thinker*, Cornell University Press, Ithaca.
- Tierno Galván, E. (1953): «Concepción del mundo e ideas políticas en la obra de Dostoievski», *Revista de Estudios Políticos*, n.º 70, págs. 83-105.